Introducción

Alexia Ugalde Quesada, Carmen Chinas y Christine Hatzky*

DOI: 10.54871/ca25bp03

Cuando no tenemos palabras para describir lo que nos pasa, el cuerpo lo sabe o al menos lo presiente, “el cuerpo habla”.

Montserrat Sagot R.

Ya en la antigüedad se sostenía que el control sobre la vida y el cuerpo eran esenciales para el ejercicio del poder entre individuos y grupos humanos. Sin embargo, durante miles de años, el ser humano ha seguido siendo lo que era para Aristóteles: un animal capaz de una existencia política. Los seres humanos modernos, en cambio, son animales en cuya política se juega su existencia como ser vivo y –como hay que añadir hoy en día– la de las demás existencias terrestres. Según el historiador y filósofo Michel Foucault, quien propuso el estudio de la irrupción de la vida en el ámbito de la política, el “umbral biológico de la modernidad” (Foucault, 2007 [1976], p. 173) se sitúa allí donde la existencia de la propia especie está en juego dentro de las estrategias políticas de las sociedades humanas. Fue en una de

* Agradecemos a las estudiantes Juliane Ulbrich y Katharina Zint, de la Leibniz Universität Hannover, por su colaboración en la revisión de formato de los artículos de este libro.

sus conferencias de 1974 cuando Foucault encontró por primera vez la conexión conceptual entre vida y política, lo que determinó sus trabajos posteriores e hizo de la *biopolítica* un concepto clave en los debates intelectuales sobre el gobierno de los aspectos vitales.

Siguiendo a Foucault, surgieron diversas líneas de recepción de la biopolítica, que la ampliaron históricamente y pretendieron actualizar su potencial analítico para otras latitudes. En los años ochenta, el filósofo Gilles Deleuze, el psicoanalista Félix Guattari (2006 [1980]) y la teórica de la ciencia Donna Haraway (1985, 1988) asumieron que, desde mediados del siglo xx, ha habido una transición de la biopolítica moderna a la posmoderna. El factor decisivo, según Haraway, fue la sustitución gradual de un cuerpo orgánico por otro cibernético. La autora identificó que, hasta entonces, las principales construcciones históricas de género, raza y clase se inscribían en los cuerpos marcados orgánicamente de las mujeres, de las personas colonizadas o esclavizadas o de los trabajadores; el cuerpo era un lugar bastante inequívoco, caracterizado por la identidad, la agencia, el trabajo y una jerarquía de funciones. No obstante, esta transición implicó una organización diferente de las prácticas y los discursos médicos y biológicos, simbolizando y procesando los cuerpos menos como un sistema jerárquico en función de la división del trabajo y más como un texto codificado y un sistema comunicativo con una red fluida y distribuida de control y regulación. Esto da lugar a lo que Haraway (1997) llamó *el régimen del tecnobiopoder*. La evaluación de las implicaciones sociales y políticas de las nuevas tecnologías médicas y biocientíficas ocupan un lugar central en los debates sobre el significado de la *biopolítica*. Además, el concepto de *biopolítica* es esencial para los debates actuales acerca del poshumanismo formulado por la filósofa Rosi Braidotti (2022), entre otras, que representan un cambio ontológico fundamental en la concepción de lo que constituye la especie humana, su sistema de gobierno y la relación entre los habitantes del planeta.

En los debates sobre biopolítica también destacan los aportes del filósofo Giorgio Agamben y el politólogo Achille Mbembe, quienes

enfocaron la crítica en el poder tanatológico acerca de la vida y los dispositivos de la violencia: la necropolítica. La socióloga Melinda Cooper combinó el concepto de *biopolítica* con la crítica marxista de la economía política, para así analizar la coproducción del conocimiento biocientífico y los procesos de transformación político-económica desde la década de los setenta. El filósofo Roberto Espósito (2006) llamó la atención sobre el paradigma de la inmunización, ya que, según él, la inmunidad no solo denota la relación que une la vida al poder, sino, más bien, el poder de preservar la vida: la política como instrumento para la preservación de la vida, es decir, la biopolítica en un sentido positivo, afirmativo. Recientemente, la filóloga y filósofa Vittoria Borsò (2018, 2022) ha continuado desarrollando la biopolítica afirmativa de Espósito, estudiando los signos y las expresiones literarias de las “pulsiones de vida” en la literatura moderna latinoamericana, junto con sus potencialidades del vivir y el convivir –el poder de la vida que emerge en medio de la violencia y la destrucción.

La fusión de vida/cuerpo y política sigue siendo una discusión explosiva y de actualidad, según lo demostró recientemente la pandemia del COVID-19, una catástrofe de origen humano, la cual fue agravada por la interferencia indebida en el equilibrio ecológico y la vida de múltiples especies. Esta pandemia puso de relieve la importancia de la interacción entre humanos y no humanos y su potencial destructivo y generativo. El contagio dio lugar a un mayor uso de la tecnología y la mediación digital y a mayores esperanzas de soluciones biomédicas o mejor dicho: biopolíticas (Braidotti, 2002, p. 4). Como ya anunciaba Espósito, ninguno de los grandes fenómenos actuales con relevancia internacional –guerras, migraciones masivas, políticas sanitarias y demográficas, medidas de seguridad y legislaciones de emergencia– es ajeno a la doble tendencia de la creciente superposición de la política sobre la vida y, como derivación, un vínculo igual de estrecho con la muerte (2006, p. 15). Precisamente, la dificultad para definir la biopolítica radica en sus fronteras porosas, donde el gobierno de la vida puede devenir en política de muerte.

Definido como un enigma, Esposito reconoce que “o la biopolítica produce subjetividad, o produce muerte. O torna sujeto a su propio objeto, o lo objetiviza definitivamente. O es política de la vida, o sobre la vida” (2006, p. 53). Esta tensión no resuelta entre política/vida/muerte estuvo latente en las discusiones de la Plataforma para el Diálogo “Biopolítica, violencias de género y resistencias en América Latina”, realizada del 21 al 23 noviembre del 2023, en el marco del Centro Maria Sibylla Merian² de Estudios Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales en América Latina (CALAS) en su Centro Regional Centroamérica y Caribe ubicado en el CIHAC (Centro de Investigaciones Históricas de América Central) de la Universidad de Costa Rica. Dicho encuentro académico reunió a más de veinticinco especialistas de diversas disciplinas (antropología, estudios de género, historia, literatura, bioética y ciencias culturales, sociales, políticas y de la salud) y activistas con el objetivo de construir colectivamente nuevos conocimientos en torno a los siguientes tres ejes de discusión. En primer lugar, los nexos del pasado con el presente en las distintas expresiones biopolíticas de la región. En segundo lugar, las interacciones entre el ejercicio del poder, la implementación de políticas dirigidas a la gestión de los cuerpos y el género como elemento que determina hacia dónde se orientan estas iniciativas. Por último, las prácticas de resistencia que emergen ante el intento de controlar los cuerpos y regular la población.

Como resultado, se entabló un fructífero diálogo interdisciplinario a partir del análisis de diversos casos en América Latina y el Caribe, donde el ejercicio del biopoder se expresó en el disciplinamiento del cuerpo, el control de la reproducción, la violencia obstétrica, la

² Maria Sibylla Merian (1647-1717) fue una naturalista y artista alemana. Viajó a Surinam de 1699 a 1701 y publicó su famosa obra magna *Metamorphosis insectorum Surinamensum*. Su trabajo se centraba en la ilustración estética de la metamorfosis de las orugas en mariposas. El Ministerio Federal de Educación e Investigación alemán (BMBF) bautizó con su nombre el programa de financiación a gran escala para el intercambio de humanidades y ciencias sociales entre Alemania y América Latina, que es CALAS.

violencia sexual y de género, la negación de derechos, así como la necropolítica. Si bien es fundamental identificar todas esas manifestaciones negativas del biopoder para avanzar en la comprensión de su funcionamiento, en nuestro encuentro también se recuperaron experiencias de organización popular, comunitaria, autogestionada y feminista que impulsan la transformación social desde la cotidianidad y trabajan para frenar el avance de una biopolítica impulsada por sectores neoconservadores, como los autodefinidos grupos “provida”. La amplitud geográfica de los estudios presentados abarcó países como México, Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Uruguay, entre otros. Asimismo, el abordaje desde una perspectiva histórico-concepcional brindó una visión de larga duración entre los siglos xx y xxi, y propició el diálogo sobre las continuidades y los cambios de la biopolítica a lo largo de la historia.

La Plataforma para el Diálogo también permitió indagar en el pensamiento biopolítico que configura las relaciones de dominación en América Latina y el Caribe, es decir, las ideas que justifican las diversas formas de control sobre los cuerpos individuales y la población. La propuesta de incorporar la perspectiva de género y el concepto de la interseccionalidad contribuyó a la labor de determinar cuáles son los grupos humanos más afectados por las diversas manifestaciones de violencia biopolítica y los criterios que operan en su selección, así como a desentrañar la manera en que sistemas de poder basados en la clase social, la raza, la sexualidad, la edad, entre otros aspectos, se articulan con la biopolítica y generan impactos diferenciados y múltiples en la vida de las personas, particularmente las mujeres y las existencias que encarnan las disidencias. La cuestión de las resistencias que surgen en respuesta a iniciativas biopolíticas y contextos necróticos emergió de manera insistente en la discusión, para así recordar la capacidad de agencia y organización de los seres humanos como la vía posible para enfrentar realidades desbordantes y subvertir la biopolítica conservadora y la necropolítica.

El activismo y las movilizaciones desde abajo, que luchan por la vida y promueven un poder horizontal, son ejemplos que brindan

las comunidades frente al desafío de organizarse para resistir y crear alternativas al orden establecido. Estas “pulsiones de vida” impulsan a repensar las relaciones con el mundo que rodea –es decir, la naturaleza animada e inanimada– e invitan a darle sentido a la existencia, construyendo vínculos que respeten la vida en todas sus manifestaciones. Las expresiones organizativas que surgen desde las comunidades también retan a repensar la academia y la producción de conocimiento, renunciando a la hegemonía y el extractivismo académico, promoviendo un diálogo entre diferentes formas de saber. La construcción de una “biopolítica plebeya” implica un compromiso con el activismo y una revalorización de los conocimientos subalternos, pues solo así es posible construir un futuro en donde la vida sea digna de ser vivida para todas las personas y no solo para los grupos privilegiados por el poder. La resistencia es, en última instancia, una afirmación de la vida frente a la muerte, un acto de creación frente a la destrucción y un camino hacia la emancipación de los cuerpos y las mentes en América Latina.

El avance del poder sobre los cuerpos supuso un cambio fundamental en el orden de lo político en América Latina y el Caribe. Las rutas trazadas por la biopolítica en esta región pueden rastrearse desde la conquista y la colonización, en concordancia con la tesis de Foucault de que en el siglo xvii surgió una nueva forma de entender el poder, dirigida a gestionar y asegurar las condiciones de vida individuales y colectivas. En dicho sentido, las Américas y el Caribe fueron los primeros laboratorios en donde se experimentó a gran escala la biopolítica moderna. Fue aquella primera experiencia de dominio colonial a escala global la que puso de manifiesto que la conquista de los territorios estaba vinculada a la dominación de los cuerpos de sus habitantes. En el contexto colonial del siglo xvi se acuñó la expresión “gobernar es poblar”, cuyas consecuencias fueron la sujeción de los cuerpos femeninos con fines de reproducción, la violencia sexual como herramienta de control, el sometimiento de todas las vidas consideradas inferiores con el propósito de explotar su fuerza de trabajo y la depredación de los recursos naturales para sostener el

nuevo modelo económico, dando forma así a la experiencia latinoamericana de dominación colonial: cuerpos-territorios.

No obstante, la colonización de las Américas también está vinculada a otro gran campo de experimentación de la biopolítica, que fue la esclavización y la deportación masiva de personas a gran escala: la de más de diez millones de hombres y mujeres africanos que llegaron con vida a las Américas. En las plantaciones o las minas y canteras, caracterizadas por el vínculo entre violencia y control, estas personas fueron explotadas como mano de obra forzada hasta agotar sus cuerpos para producir las riquezas de la modernidad: oro, plata, azúcar, café, algodón o tabaco. Su esclavitud significaba su deshumanización, sus cuerpos esclavizados constituían objetos, eran propiedad de los esclavistas que tenían pleno poder de disposición sobre ellos, lo que también iba unido a la disponibilidad sexual, que afectaba en especial a las mujeres, quienes, además de la explotación máxima de su mano de obra, tenían que dar a luz nuevos esclavizados. La estigmatización de los esclavizados, el vínculo entre esclavitud y fenotipo, fue el impulso más importante del racismo moderno.

En este contexto colonialista, el mestizaje, celebrado en algunos discursos como una mezcla cultural, se revela como una estrategia de exterminio y control. La violencia sexual contra las mujeres indígenas fue una herramienta para diluir las identidades indígenas y consolidar el poder colonial. Desde esa lógica, el mestizaje se convirtió en un acto de aniquilación cultural, donde las mujeres indígenas fueron forzadas a reproducirse con los colonizadores en un intento por erradicar las raíces indígenas. Dicha violencia dejó cicatrices profundas que perduran hasta hoy y se manifiestan en la marginación y la discriminación que aún enfrentan los pueblos indígenas y sus descendientes.

En el siglo XIX, con la independencia, la formación de los Estados nación y el impulso al sistema económico capitalista, aparece una nueva racionalidad gubernamental fundada en las ideas de progreso, orden, modernidad, así como también en el racismo científico. Se trata de una racionalidad que implementa un conjunto de políticas

higienistas con un alto contenido de control social. Con el establecimiento de la centralidad de la vida en la política, los Estados modernos intentaron conocer, proteger, potenciar y, en última instancia, administrar sus distintas manifestaciones (natalidad, reproducción, sexualidad, salud e higiene, etc.). En este proceso organizativo, los Gobiernos promovieron la consolidación de grupos de expertos y expertas influidos por las ideas eugenésicas (médicos, enfermeras y estadistas), los cuales disputaron la legitimidad del conocimiento a quienes practicaban la medicina tradicional; la aprobación de una legislación que marcara los límites entre lo permitido y lo sancionable; y así también la creación de instituciones que aseguraran el funcionamiento de las nuevas políticas y reprimieran el desacato.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con el acelerado crecimiento de la población en el continente y la difusión de discursos neomalthusianos, el tema poblacional se convirtió en una de las mayores preocupaciones en el ámbito político e intelectual. En respuesta a las narrativas que difundían las posibles consecuencias negativas del aumento demográfico (escasez de los medios de subsistencia, pobreza, agitación social, etc.), surgieron iniciativas de carácter global que fomentaban el control demográfico en los países “subdesarrollados” y “pobres”, con un especial énfasis en la población campesina e indígena. Algunos de los nuevos espacios fueron la Primera Conferencia Mundial de Planificación Familiar, realizada en Estocolmo en 1946; la International Planned Parenthood Federation (IPPF), fundada en 1952; y la Primera Conferencia Mundial de Población de las Naciones Unidas, celebrada en Roma en 1954. Al respecto, es fundamental aclarar que el control de la natalidad había sido una reivindicación histórica de socialistas, anarquistas y feministas, quienes lucharon por el derecho de las mujeres a decidir acerca de su propio cuerpo. No obstante, durante el siglo xx, la regulación de la reproducción se convirtió en parte de los objetivos de los organismos internacionales que promovían la planificación familiar. El cambio discursivo de “control de la natalidad” a “planificación familiar” es evidencia de un proceso de apropiación por parte de los organismos internacionales, el cual

buscaba vaciar de contenido disruptivo la regulación de las funciones reproductivas y enmarcarla en las relaciones selladas por el matrimonio. De esta manera, lo que había sido un movimiento social se convirtió en un proyecto de planificación económica y social (Schoijet, 2017).

En el transcurso de la Guerra Fría, la relación entre población y recursos se utilizó para explicar diversos fenómenos sociales, desde el subdesarrollo hasta la inestabilidad política y las revoluciones. En este período, el ejercicio del biopoder se reflejó en la creación de alianzas entre los Estados, los organismos internacionales, las instituciones privadas y las organizaciones no gubernamentales, con el propósito de poner en marcha políticas centralizadas en la problemática de la población. Además, en América Latina, se propició la creación de una institucionalidad para la investigación y el entrenamiento en temas demográficos, comenzando en 1957 con la fundación del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), con sede en Chile, el cual estuvo dirigido durante sus primeros años por la demógrafa panameña Carmen Miró, junto a la creación de una subsección en Costa Rica en 1966.

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 despertó un mayor interés por la región latinoamericana, la cual se convirtió otra vez en una especie de laboratorio biopolítico al que se dirigieron *grants* o subvenciones de fundaciones estadounidenses como la Ford y Rockefeller, de la Agency for International Development (AID) y de las Naciones Unidas, destinadas al financiamiento de proyectos de investigación sobre biología reproductiva, nuevas técnicas de anticoncepción y tecnología para la esterilización. En esta transición de la biopolítica moderna a la posmoderna, el control demográfico se incorporó como componente central de la propaganda de la Guerra Fría cultural estadounidense, mientras que la difusión del “*American way of life*” formó parte de la estrategia discursiva para limitar los nacimientos. En consecuencia, durante la década de los sesenta, surgieron las primeras iniciativas de planificación familiar dirigidas por las nuevas asociaciones demográficas, cuya misión era brindar información acerca del control de la natalidad, distribuir métodos

anticonceptivos y poner a prueba nuevas tecnologías de contracepción y biología reproductiva.

Retomando los planteamientos de Foucault (2000 [1975-1976]), la sexualidad se encuentra en la encrucijada del cuerpo y la población, por lo que le compete tanto a la disciplina como a la regularización (p. 228). A lo anterior, es fundamental agregarle que las estrategias para regular la reproducción respondían a un criterio de género y la sexualidad de las mujeres fue el eje articulador de las todas las dinámicas de control poblacional. Como señala ampliamente la crítica feminista, el sesgo androcéntrico en las propuestas de Foucault se manifiesta en el descuido de la especificidad de la sujeción de los cuerpos femeninos (Pujal i Llombart y Amigot Leache, 2006). Es imposible no percatarse de que los cuerpos femeninos se convirtieron en el objetivo primordial de la experimentación científica, las compañías farmacéuticas, las campañas de distribución de anticonceptivos y las políticas antinatalistas. Esta omisión condujo a una de las mayores falencias del análisis foucaultiano: en palabras de Silvia Federici (2010), “ignora el proceso de reproducción, funde las historias femenina y masculina en un todo indiferenciado y se desinteresa por el ‘disciplinamiento’ de las mujeres” (p. 17).

El resurgimiento del movimiento feminista en la década de los setenta y el reclamo de las mujeres por el control de su propio cuerpo pusieron en evidencia la compleja recepción de las políticas de control demográfico. Por una parte, se extendió el acceso a anticonceptivos, además de la posibilidad de ejercer maternidades deseadas y decidir sobre la cantidad de hijos o el espaciamiento entre embarazos. Por otra parte, la biopolítica había tenido violentas repercusiones que empezaron a interpretarse en clave de intervencionismo e imperialismo. En América Latina y el Caribe, dos de las expresiones más violentas del control de las funciones reproductivas de las mujeres son el caso puertorriqueño, donde, en la década de los cincuenta, se realizó el primer ensayo clínico a gran escala para probar la efectividad de la píldora anticonceptiva; y el caso peruano, cuando, en el período 1996-2000, fueron esterilizadas aproximadamente trescientas mil mujeres sin su

consentimiento. Estas situaciones en que la biopolítica se traslapaba con la necropolítica generaron movimientos de resistencia, los cuales organizaron campañas para denunciar el disciplinamiento del cuerpo, el control de la natalidad con fines políticos y la esterilización forzada.

En la actualidad, con el vertiginoso avance de la biotecnología y la ingeniería genética, constantemente se abren nuevas rutas de reflexión donde la barrera entre naturaleza y cultura –esta última representada en el cuerpo humano– parece cada vez más difuminada. Como problematizó Donna Haraway hace casi cuarenta años con sus famosos ciborgs, en la interfase tecnoorgánica emergen nuevos escenarios en los que se confunden los códigos patriarcales y dominantes del orden simbólico y se abren oportunidades de emancipación. Tanto Haraway como las poshumanistas han señalado que el poder puede ser restrictivo (*potestas*), pero además productivo (*potentia*), en el sentido de su potencial subversivo. Haraway también ha descrito dicha capacidad en la figura del *trickster*, con el objetivo de entender los objetos y el mundo no como una contrapartida pasiva que espera ser reconocida, sino para teorizar su actividad e incompletud. En su artículo “Situated Knowledge”, Haraway (1988) postuló el reconocimiento del estatus activo de los objetos para romper con la lógica de los dualismos, es decir, su estructuración a través de un lado activo y otro pasivo. Al hacerlo, abrió una salida a un mundo en que la naturaleza es la materia prima de la cultura y “el sexo es solo el material para la escenificación del género” (p. 592). Al igual que Judith Butler (1990), Haraway se siente incómoda con la distinción entre sexo y género, pues concuerda en que lo “biológico” (el sexo) es anterior y lo “social” (el género) es contingente a nivel histórico y relativamente formado de manera intencionada. La posición central del poder cognitivo y productivo humano tiene consecuencias devastadoras para el mundo porque produce ideas de dominación: si la naturaleza no es más que la materia prima de la cultura, “es apropiada, preservada, esclavizada, glorificada o flexibilizada de otro modo para que la cultura disponga de ella en la lógica del colonialismo capitalista” (Haraway, 1988, p. 592).

El feminismo poshumano representado por Rosi Braidotti (2013, 2022) hace prioritario honrar los cuerpos desfranquizados, deshumanizados y excluidos, y desafía la versión dominante de lo humano como Hombre/Antropos. La fuerza transformadora del feminismo poshumano convierte a los sujetos y los cuerpos feministas en el lugar de múltiples experimentos con modos y figuraciones alternativas del devenir poshumano (Braidotti, 2022, p. 142). Esta posición requiere una pérdida de inocencia sobre la “naturalidad” de los cuerpos, lo que implica un alto grado de desidentificación con los hábitos de pensamiento establecidos (Muñoz, 1999). El artefacto tecnológico poshumano se define como “autopoiético” (Maturana y Varela, 1972), en el sentido de que se autoorganiza, como los organismos biológicos. La idea de materia inteligente y autoorganizada remite a la vitalidad de los cuerpos que no son ni internos ni pasivos. También es “simbiótica” (Haraway, 2017), al combinar biología, tecnología y ecología.

Las contribuciones reunidas en este libro reflejan el grado de complejidad y la tensión que representa la definición de la “biopolítica”. Además, muestran un amplio espectro de los fenómenos biopolíticos en las sociedades latinoamericanas, considerando tanto a los actores que promueven las políticas que buscan gobernar los cuerpos como a los grupos humanos que construyen biorresistencias. A efecto de una mayor riqueza en la discusión, agrupamos las contribuciones de acuerdo con las reflexiones formuladas en las mesas de trabajo en tres ejes: las políticas reproductivas y el control que se ejerce sobre los cuerpos; las desigualdades, el poder y la necropolítica; y las diversas perspectivas sobre el activismo y la movilización social.

Políticas reproductivas y control de los cuerpos

En este primer eje de reflexión se presentan textos de dos autoras que enfatizan su análisis en el control, la intervención y las estructuras de poder que buscan dominar los cuerpos de las mujeres. En ambos casos se muestran intentos de regulación, ya sea mediante la

donación de gametos en el contexto de una bioeconomía capitalista o mediante acciones y discursos orientados a disciplinar el cuerpo de las mujeres a través de la atención obstétrica. Las reflexiones de este apartado sugieren que las políticas reproductivas constituyen una forma de biopoder que crea una especie de “jerarquía de cuerpos”, en la que las mujeres de sectores vulnerables o de poblaciones indígenas resultan particularmente afectadas.

En el texto de Mariana Viera, “Género y (bio)capitalismo en la donación de gametos en Uruguay”, se realiza un análisis acerca de la producción y la puesta en circulación de gametos en el contexto clínico para intervenciones biotecnológicas con fines reproductivos en Uruguay. Su punto central es descifrar cómo operan el género y el capitalismo en la gestión de dichos procesos de provisión de gametos, la (bio)disponibilidad de algunas personas para realizar el trabajo clínico que implica la “donación” y los cuerpos de los y las donantes. Siguiendo la perspectiva marxista, la autora identifica los modos de acumulación de plusvalía en estos procedimientos. Poniendo especial énfasis en el género, el capítulo explora cómo el capitalismo ha instrumentalizado y naturalizado ciertas actividades asociadas al género, particularmente las relacionadas con la reproducción biológica y social, para su propia acumulación. Los feminismos marxistas o materialistas han cuestionado esa naturalización, proponiendo conceptos como el de trabajo reproductivo para visibilizar el esfuerzo y el tiempo invertido en dichas actividades, así como su aporte económico al capital. En este contexto, el trabajo clínico, que incluye la producción de gametos para su circulación en la bioeconomía, es un nuevo frente en donde se entrelazan el género y el capitalismo. El concepto empleado por la autora de “bio-disponibilidad” resalta la disposición socialmente construida para donar material biológico y cómo el biocapitalismo busca optimizar la rentabilidad de estos materiales a través de la gestión del género: los cuerpos femeninos son sometidos a una mayor intervención tecnológica, lo que refuerza su rol reproductivo, mientras que los cuerpos masculinos se construyen como excepcionales en la donación

de semen. Finalmente, se analizan las implicaciones del biocapitalismo en la producción de gametos en Uruguay, mostrando cómo se utiliza y se reconfigura el género para maximizar la acumulación en el contexto de la bioeconomía.

En el artículo, “Una mirada desde la interseccionalidad a la violencia obstétrica en mujeres indígenas. De la biopolítica a la necropolítica”, la autora Yesica Yolanda Rangel Flores parte de la idea de que la violencia obstétrica se ha normalizado dentro del modelo médico hegemónico que enmarca la atención del parto en América Latina. Aunque se trata de una práctica hasta cierto punto generalizada, se han documentado diferencias respecto al modo en que opera sobre los cuerpos de las mujeres, principalmente a partir de determinantes como la edad, la clase, la raza, el estado de salud y la orientación sexual. La autora refiere a la mirada de la interseccionalidad para entender la violencia obstétrica en contra de mujeres indígenas. A pesar de que el señalamiento genera inconformidad en el gremio médico, las desigualdades intragenéricas significan que, además de la opresión de género, la violencia se vive de diversas maneras al analizar categorías como clase, etnia, discapacidad, enfermedad, condición e identidad. El propósito es analizar, desde los aportes del feminismo decolonial, las experiencias de violencia obstétrica y las condiciones que potencian la vulnerabilidad a este tipo de violencia en mujeres indígenas nahuas y tenek que habitan en una región del estado San Luis Potosí, México, donde los hospitales no tienen un modelo intercultural para la atención del parto. Se tiene como hipótesis que el modelo médico hegemónico se mueve desde el interés de regular la vida (biopolítica) o, más bien, la negación de la vida (necropolítica). Lo anterior es posible observar incluso en comentarios cotidianos, pues durante el parto a las mujeres se les dice que deben aguantar el dolor y la humillación porque se derivan del disfrute sexual. Por ello, un comentario común del personal de salud es “que le duela”, ya que, si no, saliendo va a ir a buscar otro hijo. La autora concluye que la violencia obstétrica se vive, principalmente, a partir de la negación de la atención o el abandono, la descalificación de la experiencia de

las mujeres indígenas o su cosmovisión, las actitudes de invalidación de su dolor, la represión, el sometimiento, el condicionamiento de la atención, las amenazas y la coerción.

Desigualdades y violencias de género

En este segundo eje de reflexión se presentan tres textos que abordan, desde distintos contextos y perspectivas teóricas, las desigualdades estructurales, la violencia ejercida desde el poder y las formas extremas de control y eliminación de ciertos grupos sociales en América Latina. Mediante el uso de conceptos como la *necropolítica*, entendida como el poder de decidir quién vive y quién muere, y el *necropoder*, que opera mediante la violencia y la muerte, las autoras y autores analizan problemáticas presentes en la región.

En los tres estudios, el necropoder se manifiesta en la manera en que ciertos cuerpos –racializados, feminizados, precarizados o disidentes– son considerados prescindibles o peligrosos para el orden social, económico y político dominante, y son expuestos a la violencia, la desaparición y la marginación. La perspectiva de la interseccionalidad permite a las y los autores visibilizar cómo las desigualdades de género, clase, raza y orientación sexual se entrecruzan y generan complejos escenarios de opresión, pero también espacios en donde es posible resistir y luchar por la justicia.

Las autoras Gisela Carlos Fregoso, María Laura Ramos Pérez y Fernanda Rizo Jalomo escriben sobre la “Desaparición de mujeres en Jalisco, México, desde una perspectiva racial”. Este análisis tiene como base la revisión de materiales de difusión de mujeres desaparecidas en el estado de Jalisco, México. Ellas analizan el rol que juega el racismo en generar ese vínculo o sentimiento de participación afectiva acerca de lo que le pasa a otra persona a través de la difusión de la imagen y las características de quien se encuentra desaparecida mediante las redes digitales. Abordando el fenómeno de la desaparición y la búsqueda desde la perspectiva de la interseccionalidad, las autoras señalan qué se entiende por categorías raciales en contextos

donde las naciones se consideran mestizas. Este trabajo sensibiliza sobre las dificultades para tener bases de datos precisas que den cuenta de las personas desaparecidas no solo en Jalisco, sino en México. Se reflexiona acerca de los lugares en donde ocurren las desapariciones y la manera en que tienen características raciales claramente marcadas, para finalizar discutiendo cómo el color de piel y las categorías raciales usadas en las fichas de desaparición y búsqueda de mujeres en Jalisco pueden ser un elemento que humanice y dé dignidad, pero que también presenta retos ante las prácticas de racismo en México. Las autoras presentan la comunidad y la colectividad como espacios de resistencia, la cual no se concibe solo como un acto individual, sino como una lucha colectiva, que busca transformar las estructuras sociales en que se perpetúan las desapariciones. Además, el trabajo es relevante, ya que Jalisco se encuentra en el primer lugar nacional, en todo México, de personas desaparecidas sin localizar, que se estima serían alrededor de 16.000 casos. Sin embargo, familiares y colectivos señalan que habría un subregistro de dichos casos, por lo que podría ser una cifra mucho mayor, incluso el doble de lo que se reconoce públicamente por el gobierno local.

En el artículo de Jaime Aragón Falomir, “Vulnerabilidad y desigualdades de género en el paraíso turístico de Cancún, México”, se analiza la intersección entre turismo, violencia de género y desigualdades sociales en Cancún, un popular destino turístico mexicano conocido a nivel mundial. El autor plantea que el avance democrático en México, aunque significativo en términos electorales, ha sido insuficiente para abordar las profundas desigualdades estructurales y la violencia que afecta a grupos marginados, particularmente a las mujeres en contextos turísticos. El texto se apoya en teorías de biopolítica y feminismo interseccional para desentrañar cómo el turismo masivo en Cancún perpetúa y amplifica las desigualdades de género y la violencia contra las mujeres. Se destaca que, mientras los turistas disfrutaban de un “paraíso” construido para su entretenimiento, las trabajadoras locales enfrentan condiciones laborales precarias, bajos salarios y una alta vulnerabilidad a la violencia. Asimismo,

el artículo subraya cómo el éxito económico del turismo oculta las realidades socioeconómicas adversas para la población local, lo que exacerba las disparidades entre los residentes y los visitantes. En su estudio, el autor analiza la manera en que las formas de violencia interseccionan y afectan la experiencia de las mujeres en dichos contextos. Además, busca también ampliar la comprensión de los desafíos que enfrentan las comunidades locales y turísticas, así como proponer estrategias para abordarlos. Se plantea un enfoque interdisciplinario que combina elementos de la teoría feminista, los estudios de género, la sociología y la ciencia política en contextos turísticos. De esta manera, se pone en evidencia que las mujeres en México continúan siendo marginadas y expuestas a múltiples formas de opresión en un entorno que privilegia el desarrollo económico sobre los derechos humanos y la justicia social. También se analiza el feminicidio como una manifestación extrema de las desigualdades de género en Cancún, con el caso emblemático de “Alexis” como un punto de inflexión en la lucha por la justicia y la visibilización de la violencia de género en la región, particularmente a través de las movilizaciones ciudadanas, las denuncias, el uso del espacio público para protestar y la prácticamente nula respuesta de las autoridades.

En “Contraataque de la biopolítica: pánico moral, feminismo y lesbianas en El Salvador de la posguerra”, Amaral Arévalo analiza el “pánico moral” como práctica de exterminio ejecutada en contra del surgimiento de la primera colectiva lésbica feminista al interior de El Salvador de la posguerra, especialmente durante la primera mitad de la década de los noventa. Por un lado, el texto analiza el dispositivo de la sexualidad operando bajo el formato de la maternidad como destino manifiesto de las mujeres al interior del país; por el otro, desarrolla la idea de que en el periodo de la posguerra existieron focos de resistencia contra la biopolítica, representados en la constitución del movimiento feminista contemporáneo salvadoreño y el surgimiento de la identidad política lésbica al interior de El Salvador. Sin embargo, también plantea que hubo un contraataque de la biopolítica ante esos puntos de resistencia ejecutados por mujeres disidentes

al sistema de poder. El texto explica que la biopolítica se manifestó también en El Salvador a través del control disciplinario de los cuerpos, utilizando instituciones como la familia, la Iglesia católica y la escuela para perpetuar la normatividad heterosexual. Cualquier desviación de esta norma era castigada mediante sanciones normalizadoras. Se describe cómo los “pánicos morales” pueden ser empleados como herramientas de la biopolítica para eliminar comunidades que representan una amenaza al orden hegemónico, como ocurrió con la colectiva lésbica feminista salvadoreña La Media Luna. El surgimiento de identidades políticas lésbicas, su lucha por la visibilidad y el reconocimiento dentro del movimiento feminista salvadoreño implicaron un desafío directo a la biopolítica conservadora, la cual respondió con represión y violencia simbólica y física en su intento por reprimir la emergencia de dicho sector disidente.

Resistencias: activismo y movilización social

En este tercer eje de reflexión, las autoras destacan las luchas feministas en América Latina enfatizando en las diversas formas en que han irrumpido en el espacio público para desafiar las estructuras de poder que buscan controlar los cuerpos y las decisiones de las mujeres. A partir de distintas realidades –como Costa Rica y Nicaragua en los años ochenta, los barrios populares de Mendoza en Argentina, los movimientos por el aborto autónomo en América Latina y el Caribe, y la desaparición forzada de migrantes en México–, las autoras evidencian cómo el activismo feminista ha generado resistencias concretas frente a la biopolítica y las violencias patriarcales. Estas acciones han dado lugar a nuevas formas de organización y pensamiento social, producto de las luchas colectivas.

Los cuatro textos de este apartado demuestran que, a través del activismo y la movilización social, las mujeres latinoamericanas han creado espacios de resistencia y transformación, politizando sus

experiencias y desafiando tanto las estructuras patriarcales como las herencias coloniales y al sistema capitalista.

Las autoras evidencian el trabajo de las mujeres promoviendo la justicia social en contextos marcados por la violencia estructural y la exclusión, denunciando no solo las violencias directas ejercidas sobre sus cuerpos, sino también construyendo prácticas autónomas y colectivas que reconfiguran las relaciones de poder. Estas prácticas, surgidas desde abajo con gran dignidad, transforman la indignación en acciones colectivas y constituyen creativas formas de resistencia.

Desde un enfoque histórico, el artículo de Alexia Ugalde Quesada, “La autonomía de los cuerpos femeninos frente a las iniciativas biopolíticas: resistencias desde Costa Rica y Nicaragua durante los ochenta”, destaca que, durante esa década, el pensamiento feminista irrumpió en el espacio público en Costa Rica y Nicaragua y transformó preocupaciones que eran consideradas del ámbito privado en cuestiones políticas y públicas. Se subraya la toma de conciencia de las mujeres sobre su subordinación social, lo que llevó a cuestionar las relaciones de poder que sostienen el patriarcado. A través del feminismo, las mujeres centroamericanas comenzaron a descifrar las estructuras de poder que buscaban controlar sus cuerpos; se destaca la importancia de la autodeterminación reproductiva como parte de su proyecto emancipador. A partir del análisis de publicaciones pioneras (revistas) que las organizaciones de mujeres centroamericanas impulsaron en los años ochenta, se observa la generación de un pensamiento crítico que devela los intereses detrás de los poderes que intervienen en los cuerpos femeninos con el propósito de regular su sexualidad y reproducción. El estudio se concentra en los discursos acerca de la autodeterminación reproductiva en cuatro temáticas centrales: el conocimiento del cuerpo femenino, el uso de los métodos anticonceptivos, el cuestionamiento al poder médico y la problemática del aborto. Por último, se concluye que las activistas centroamericanas contribuyeron a impulsar una transformación cultural en la región, lo cual promovió nuevas formas libertarias de pensar y vivir la corporalidad.

Conceptos como *feminismo comunitario indígena*, *cuerpo como territorio de resistencias*, *geografías feministas*, *conquista de territorios por mujeres en barrios populares*, *trayectorias de docentes rurales*, *vendedoras ambulantes*, *cartoneras*, *cooperativistas* y *creación de memorias subalternas* fueron los ejes del trabajo presentado por Victoria Pasero en “‘Por nuestras muertas, toda una vida de lucha’. Memorias, prácticas y resistencias feministas ante la necropolítica (Mendoza, Argentina, 2012-2021)”. La autora explica que el desarrollo del capítulo se vincula con procesos de acompañamiento feminista autónomo en situaciones de violencia patriarcal y de organización feminista popular, situando su perspectiva desde la participación en diversos espacios feministas para aproximarse a una investigación militante y de metodología participativa. Se realiza una revisión crítica, feminista y latinoamericana de las violencias de género patriarcales en América Latina y el Caribe, enfocándose en cómo estas violencias se manifiestan en los cuerpos-territorios feminizados, especialmente en contextos marcados por la herencia colonial y la dependencia estructural. Además, se elabora un mapeo conceptual que incluye contribuciones teóricas de diversas autoras feministas que abordan la violencia patriarcal como parte constitutiva del sistema capitalista colonial, así como la forma en que dichas violencias se articulan con la violencia económica y estructural en la región. El texto culmina con un enfoque en los femicidios y las desapariciones de mujeres en los barrios populares de Mendoza, Argentina, subrayando cómo la negligencia y la complicidad estatal contribuyen a la perpetuación de estas violencias. Se destaca la importancia de la organización feminista y el compromiso para politizar y dar relevancia a la problemática de la violencia de género. También se resalta que, aunque dicha violencia no es exclusiva de América Latina, los avances en materia legislativa y de derechos humanos se han producido gracias a la resistencia y las luchas feministas.

El artículo de Mariana Prandini Assis, “Transformando la gobernanza del aborto en América Latina y el Caribe a través del acompañamiento feminista”, explora el papel del activismo feminista en la

reconfiguración de la gobernanza del aborto en la región. A través de ejemplos de diversos colectivos o colectivas que realizan acompañamiento, la autora muestra cómo estas organizaciones han desarrollado un enfoque que no solo proporciona apoyo emocional y logístico a las mujeres que buscan interrumpir su embarazo, sino que también desafía el paradigma médico-legal dominante que tradicionalmente ha gobernado el aborto. Se argumenta que dicho activismo feminista, además de enfrentarse a la lógica institucional-normativa existente, la desafía con sus prácticas de acompañamiento, para así crear un nuevo horizonte normativo basado en cuatro principios clave: adaptabilidad, horizontalidad, solidaridad y afecto. Estos principios contrarrestan el control técnico, decisorio, paternalista y normalizante que caracteriza la institucionalidad establecida sobre el aborto. Al hacerlo, las activistas feministas subvierten las estructuras de poder tradicionales, establecen procesos contruidos de abajo hacia arriba y desafían las jerarquías impuestas por el Estado y la profesión médica. Este texto ofrece un diálogo con el concepto de *gobernanza reproductiva* desarrollado por Lynn M. Morgan y Elizabeth Roberts (2012) y el de *gobernanza del aborto* de Unnithan y De Zordo (2018) para situar el activismo por el aborto autónomo como un actor central en la disputa en torno de esa gobernanza. Se valora que las redes feministas en América Latina y el Caribe han avanzado en su conformación, contacto y acciones, las cuales repercuten más allá de las fronteras nacionales, basándose siempre en la solidaridad y el conocimiento compartido entre activistas. Con su accionar, las mujeres están redefiniendo quién tiene el poder de gobernar los cuerpos y las decisiones reproductivas.

Finalmente, en el ensayo titulado “La mamá de Óscar. Tras la vida”, Ileana Rodríguez reflexiona acerca de la lucha de Ana Enamorado, consignada en el documental *Tras la vida* (2023), de Anaïs Taracena. Con esta reflexión, la autora acerca al lector al impacto de la desaparición forzada mediante la perspectiva de una madre que busca a su hijo desaparecido, Óscar, en México. El ensayo se desarrolla en el estilo de una entrevista entre la autora, la protagonista

del documental Ana Enamorado (Honduras) y su directora Anaïs Taracena (Guatemala). A través de sus voces, se configura el drama de la desaparición de migrantes en México. Óscar Antonio López Enamorado es el único hijo de Ana y está desaparecido desde el 2010, cuando tenía diecinueve años. La lucha incansable de su madre lo ha convertido en un referente necesario para las madres buscadoras centroamericanas y de otras regiones de América Latina ante la desaparición de sus hijos en el territorio mexicano. Ana busca a su hijo en vida, un principio legal que debiera guiar a todas las autoridades en su obligación de encontrar a cada persona desaparecida. El tema se introduce estableciendo una distinción conceptual entre la *biopolítica* de Michel Foucault y la *necropolítica* de Achille Mbembe. La biopolítica, que trata sobre el control y la administración de la vida, se contrapone a la necropolítica, que aborda la gestión de la muerte y la vida de los considerados prescindibles. El relato de “la mamá de Óscar” destaca por su tenacidad y determinación, y muestra su vida cotidiana marcada por la búsqueda incesante de su hijo. A través de la narrativa del documental, se describe cómo el cine de Taracena se enfoca en una representación genuina de la lucha de esta madre y no se limita a mostrar el dolor y la pérdida, sino que también resalta la acción y la resistencia de las madres en la lucha contra la violencia y la desaparición forzada. El documento concluye con una reflexión personal de Ileana Rodríguez, quien conecta el caso de “la mamá de Óscar” con experiencias similares de desaparición en otros contextos. Además, en reciprocidad con Ana Enamorado, Rodríguez comparte su propia experiencia por la pérdida de su hijo (una desaparición simbólica), producto de la violencia machista. En un acto liberador de enunciación política, la autora se califica como sobreviviente de feminicidio.

En general, los textos recogidos en este libro abordan estrategias para enfrentar las políticas de intervención sobre los cuerpos, superar la necropolítica y luchar por la vida. El abordaje de la biopolítica desde una perspectiva histórica permite, a su vez, contextualizar las necesidades del presente y descubrir las continuidades en prácticas sociales caracterizadas por la imposición de normas, regulaciones y controles.

Aunque los contextos y las biotecnologías han cambiado en las últimas décadas, los mecanismos y los objetivos de la biopolítica siguen siendo similares; por ejemplo, los de descarte social o asesinato social continúan presentes, transformándose en formas de muerte social. Así es como el Estado solo se preocupa por los grupos marginalizados y excluidos cuando las personas están muertas o desaparecidas.

Las contribuciones interdisciplinarias de este libro ilustran la importancia de la producción colectiva de sentidos y el diálogo horizontal: un enfoque científico que dialogue con otras formas de conocimiento, renuncie a las jerarquías epistemológicas y se comprometa con el activismo. Lo anterior implica realizar disidencias académicas, cuestionar la hegemonía del conocimiento, construir comunidades colaborativas y desplazar al Estado del centro del análisis. La propuesta es “despatriarcalizar” la academia, establecer un lugar claro de enunciación que permita una visión realmente inclusiva y crítica, en donde se valore el potencial de los conocimientos situados, es decir, las experiencias-saberes personales y colectivos.

Bibliografía

Borsò, Vittoria (2018). “Narcocultura. Cuestiones biopolíticas y gestos de vida”. En Luis Fernando Lara, Alicia Ortega y Hermann Herlinghaus (coords.), *Narcoddependencia. Escenarios heterogéneos de narración y reflexión* (pp. 135-169). México: El Colegio Nacional.

Borsò, Vittoria (2022). “Pulsión de vida” y potencialidades de la paz: reflexiones sobre epistemologías y estéticas de paz desde la literatura en México. San José: Universidad de Costa Rica, CIHAC-CALAS.

Braidotti, Rosi (2022). *Posthuman Feminism*. Cambridge, Malden: Polity Press.

Braidotti, Rosi (2023). *The Posthuman*. Cambridge, Malden: Polity Press.

Butler, Judith (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2004 [1980]). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos.

Esposito, Roberto (2002). *Inmunitas. Protezione e negazione della vita*. Torino: Einaudi.

Esposito, Roberto (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.

Foucault, Michel (2000 [1975-1976]). *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Foucault, Michel (2007 [1976]). *Historia de la sexualidad. Tomo I. La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI.

Haraway, Donna (1985). A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980s. *Socialist Review*, 5(2), 65-108.

Haraway, Donna (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.

Haraway, Donna (1997). *Modest_Witness@Second_Millennium. Female-Man@_Meets_Oncomouse™. Feminism and Technoscience*. Londres, Nueva York: Routledge.

Haraway, Donna (2017). Symbiogenesis, sympoiesis, and art science activisms for staying with the trouble. En Anna Thing et al. (comps.), *The Art of Living on a Damaged Planet*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

Maturana, Humberto y Varela, Francisco (1972). *Autopoiesis and Cognition: The Realization of the Living*. Dordrecht: Reidel Publishing.

Muñoz, José Esteban (1999). *Disidentifications: Queers of Color and the Performance of Politics*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

Pujal i Llombart, Margot y Amigot Leache, Patricia (2006). Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigacion Social*, (9), 100-130.

Schoijet, Mauricio (2007). El control de la natalidad: un esbozo de historia. *Papeles de Población*, 13(54), 115-161.